

El conejito del tambor de duracell / 2015

de Marta Galán i Sala.

*... deseaba un silencio perfecto,
por eso hablo.*

ALEJANDRA PIZARNIK

Estoy aquí.

Sentada.

Paciencia infinita.

Toda tetas.

Toda oídos.

Expuesta.

AMÁNDOTE-AMAMANTÁNDOTE

Aquí, para ti, como una ofrenda.

Este es mi pequeño secreto:

existir para ti como una ofrenda.

1

Me llega una carta del colegio de mi hijo.

«Su hijo no mejora”, me dicen.

«Su hijo lleva más de dos meses sin hacer los deberes,
sin entregar los trabajos,
sin asistir a los controles de evaluación continua,
sin cantar cuando los demás cantan,
sin participar.

Y lo que es peor: su hijo lee durante las horas de clase
todo tipo de libros extraños;
con imágenes y contenidos sospechosos,
con esquemas y consejos sospechosos.

Libros con títulos como, por ejemplo:

El camino del éxito.

101 reglas para convertirse en un buen líder.

La ley de la selva: defiéndete o perece.

El profesor dice que tengo que ir a verle.

Me dice: «Su hijo no mejora, no progresa»,

Y dice que tengo que ir a verle.

A veces los profesores piensan que las madres no tenemos nada mejor que hacer que ir al colegio a discutir sobre la educación de nuestros hijos y sobre su comportamiento.

A veces los profesores
(los maestros, tutores, educadores)
piensan que tienen la fórmula mágica
para corregir lo que ellos consideran
“una conducta desviada”.

Me dicen: «su hijo no mejora, no progresa».

¿Y eso les preocupa?

¿Que mi hijo no progrese es lo que realmente les preocupa?

Me dicen: «Estamos preocupados.

Su hijo no se concentra, no pone interés.

Acusa un grave déficit de atención

y eso nos preocupa.

Es incapaz de seguir nuestras explicaciones

(incapaz de concentrarse más de cinco minutos en nuestras explicaciones)

Y, a menudo, parece que no esté allí, entre nosotros.

Se ausenta.

Su hijo está en la Luna de Valencia y, a menudo, se ausenta.

Se sumerge en ese tipo de libros

(se hunde, se pierde en ese tipo de libros)

Su hijo lee ese tipo de libros

como si fuera una máquina de leer libros.

Los lee sin parar, de un tirón.

A horas de clase, en el recreo,

Durante las horas de comedor escolar entre plato y plato,

en el lavabo mientras espera su turno,

en la clase de psicomotricidad...

Su hijo devora ese tipo de libros extraños y no sabemos qué hacer».

¿No sabemos qué hacer?

¡Usted es el educador!

Quien les guía, les orienta, les forma, ¿no?

Yo le digo a mi hijo: «no pierdas el tiempo».

Eso es lo que yo hago.

Usted puede decirle lo que crea oportuno

(lo que quiera, lo que sepa decir)

Pero yo lo que hago es decirle: «hijo mío, no pierdas el tiempo».

Hoy, por ejemplo, se ha encerrado temprano

(aún de madrugada)

En el lavabo pequeño; el lavabo de la casa que sólo tiene váter y fregadero,

el lavabo de la planta baja,

donde duermen y mean los gatos,

y no hacía nada.

No hacía dibujos.

No leía.

Simplemente se ha sentado en el suelo sobre un trapo

y no hacía nada.

Y entonces me he enfadado con él.

Le he dicho que perdía el tiempo;

que si no leía, no dibujaba, no hacía alguna cosa

concreta, importante, educativa,

estaba perdiendo un tiempo precioso que era el tiempo precioso

para el aprendizaje de todos los aprendizajes.
Que tenía la edad justa para aprenderlo todo.
TODO de golpe.
Y que, por lo tanto, debía concentrarse y no perder el tiempo.
Y le he reñido y le he empujado.
Le he dicho que no volviera a hacer eso y le he empujado.
Le he dicho que era un niño y que, por lo tanto, estaba obligado a hacer SIEMPRE algo que fuera educativo.
Que no podía ir por ahí perdiendo el tiempo.
Yo le he dicho todo esto, a mi hijo,
pero yo sólo soy su madre, claro,
no soy su profesor (su educador);
yo SÓLO soy su madre.
Mi hijo me dice: «No pasa nada, tu eres mi madre»
y me perdona.
Pero usted, claro, usted no le puede tocar, a mi hijo.
Ni se le ocurra.
Utilice otras técnicas, aprenda metodologías innovadoras.
«Me duele cuando me gritas y cuando me agarras por el brazo pero tú eres mi madre, claro»,
me dice.
Y me perdona.
Y después nos abrazamos y ya está.
Pero usted es el profesor, usted no es su madre.
No puede empujarlo, claro está.
Pero sí que puede decirle, como yo le digo: «no pierdas el tiempo, no te distraigas»
Y aunque me parece un despropósito y no entiendo exactamente cuál es el problema,
voy a ir a ver al tutor de mi hijo.
Le voy a ir a ver y voy a escuchar sus argumentos con atención.
Voy a tener en cuenta sus argumentos
con fe, con confianza, con extrema concentración.

2

Cojo el coche y en 20 minutos me planto en la puerta del colegio.
Le pregunto a una chica (una chica que está en la secretaría, la recepción)
dónde puedo encontrar al tutor de mi hijo.
Me dice que en su despacho.
«Área de coordinación y tutoría.
Despacho 29.»
Atravieso la escuela vacía con determinación.
Todas las escuelas vacías me recuerdan la misma escuela vacía:
mi escuela vacía cuando te quedabas hasta las nueve de la noche
en la sala de actos para pintar los decorados del Playback
y salías al pasillo y todo estaba oscuro.
Las luces de emergencia eran la única luz y te cagabas de miedo.
Y por eso el colegio vacío de mi hijo
(ahora, justo a esta hora de la tarde, sin niños, sin estruendo)
me recuerda a mi colegio vacío.
Y porque huele a sudor de niños igual que mi colegio olía a sudor de niños
(ese olor dulce, arenoso, de niño recién salido del recreo)
Y porque todo está lleno de polvo de tiza.
Y porque la luz de los fluorescentes es la misma luz ancha y fría
de los fluorescentes de mi colegio.

Y porque los murales (con sus letras, sus flechas, sus dibujitos)
siguen aún ahí, enganchados en las paredes.
A pesar del tiempo, la tecnología, el diseño, el *feng-shui*...
a pesar de todo, TODO está allí ¡IDÉNTICO!
Y los planetas en tres dimensiones.
Y el póster con el aparato digestivo y las flechas indicando:
intestino grueso, intestino delgado, vesícula biliar...
Y la vitrina con el esqueleto sin clavícula, roto.
Y los váteres bajos, sin tapa
(más bajos que de costumbre).
Y un orden determinado en la colocación de los pupitres
Y los mocos secos pegados debajo de los pupitres
Y los chicles...
¿Por qué todo lo que uno recuerda cuando piensa en la palabra «escuela»
es lo que verdaderamente es una escuela?
De los 3 a los 12 años el mundo entero cabe en una escuela y no tiene pérdida.
Ha habido cambios, cambios en la vida social;
a lo largo de estos 40 años, han pasado cosas importantes,
pero cuando pienso en la palabra «escuela»
no se ve nada más que eso: una «escuela».
La misma «escuela».
Me pasa también con otras palabras.
Por ejemplo «fábrica».
Digo «fábrica» y lo que veo se parece demasiado a lo que es
(a lo que siempre ha sido) una fábrica.
Le digo «fábrica» a mi abuela y ve una fábrica.
Le digo «escuela» y ve una escuela.
Y si le digo a mi madre o a mi padre (la siguiente generación)
la palabra «fábrica» o la palabra «escuela»,
ven exactamente la misma fábrica y la misma escuela.
Casi idénticas. No tienen pérdida.
Digo «escuela» y no tiene pérdida.
Digo «fábrica» y no tiene pérdida.
Y lo mismo me pasa con la palabra «teatro».
Digo « teatro» y no tiene pérdida.
Digo «teatro» y veo exactamente esto: un teatro.
Desde el s. XIX: pequeñas variaciones anecdóticas.
Casi dos siglos de pequeñas variaciones anecdóticas
en lugares tan importantes
como una escuela, una fábrica o un teatro.
En cambio digo la palabra «cárcel», y tú, ¿qué ves?
¿Módulos o sistema radial?
¿Ves barrotes oxidados o puertas metalizadas?
¿Ves un patio interior amplio y luminoso donde poder tomar el sol y pasear
o ves un patio escueto, insalubre y oscuro?
Digo «cárcel» y ha habido cambios importantes (definitivos).
Pero si digo «escuela», ¿tú qué ves?
¿Y si digo «teatro» o «fábrica»? ¿Tú qué ves?

Cuando llego delante del despacho 29, cojo aire y llamo a la puerta.
Me abre el tutor de mi hijo.
Mire –le digo- no tengo demasiado tiempo, así que voy a ir al grano y ligerito.
Mi hijo lee este tipo de libros porque se los compro yo.
Los selecciono de una lista muy larga y estructurada

y se los regalo para que se los lea.
Porque con ocho años le toca leer esto
(lo que usted ve que lee)
Debería estar contento de que uno de sus alumnos devore libros.
Ponerlo como ejemplo y darle un *cum laude*.
Porque con ocho años recién cumplidos ya está leyendo libros, el muy cabrón.
Libros con l-e-t-r-a-s (con muchas páginas y muchas letras).
O regalarle una Tablet o un portátil de esos pequeñitos
para que cuando se canse de leer escriba sus cosas
(sus visiones de niño, sus poemas, sus reflexiones...)
Pero con 8 años recién cumplidos le toca leer esto.
Lo que usted ve que lee:
libros sobre supervivencia,
sobre rescates en condiciones extremas.
Técnicas para la superación del dolor.
Manejo y uso de armas de fuego 1.
Construcción de refugios.
Nociones básicas de defensa personal.
Adaptación a condiciones climáticas adversas.
Libros sobre autoayuda y crecimiento personal.
Electrónica y mecánica.
Teoría económica.
Vida natural.
Solfeo.
Inglés, alemán, chino...
Ética, poética y estética.
Me dice: «su hijo no mejora, no progresa».
¿Y eso es lo que le preocupa de veras?
Que mi hijo no progrese es lo que verdaderamente le preocupa?
Mi hijo *progresa* en la dirección correcta
(que es la dirección que yo le tengo asignada)
porque mi hijo no se sienta así sin más
ni calla si le ordenan que se calle
ni coloca las fichas en la carpeta
ni hace sin rechistar la página de divisiones.
Mi hijo progresa adecuadamente porque sabe quién es Goya y quién es Matisse.
Y sabe distinguir de un solo vistazo un Goya de un Matisse
(que ya sé que no es muy difícil, pero ¡hazlo tú, capullo!)
Y sabe quién es William Turner.
(como Tina, Tina Turner)
Sabe que cuando William Turner pinta la naturaleza,
no pinta paisajes idílicos o jardines,
pinta tormentas.
Las sopla, las tormentas, sobre el lienzo, ¡BUF!
Las escupe, las tormentas.
Las va volviendo manchas, las tormentas.
Y progresa porque sabe qué quiere decir abstracto y qué quiere decir figurativo.
Y sabe que no son términos opuestos.
¡Progresa a toda ostia, mi hijo, como un ciclón!
Y tiene intereses, preferencias.
Ha visto el principio de *La Dolce Vita* más de 25 veces
(desde que tenía 3 años) y flipa.
Flipa con el Cristo que sobrevuela Roma colgado de un helicóptero
y flipa con las turistas en biquini que saludan al helicóptero.

Y con Mastroianni haciendo gestos a las turistas
desde el helicóptero.
Y me pide día sí, día también, aquella escena tan decrepita
(tan *dolce vita*) en la que Anita Ekberg baila como loca con ese actor
(aquel, joder, ¿cómo se llama...?)
mientras Celentano, Adriano Celentano, canta un Rock & Roll.
Y progresa porque si le castigan sin recreo o le ponen un gomet
(un gomet rojo si lo hace mal
o uno brillante, verde o de Disney si lo hace bien)
le dirá que él no es un delfín.
Y le explicará la historia de Marineland y le dirá que él es
anticonductista y del Barça
como toda su familia humana...
Que no somos perros, nosotros –le dirá-
Ni delfines.
Que no somos INSTRUMENTO de nadie
(como tampoco lo son los perros y los delfines pero ellos no lo pueden decir, ¡joder!)
¿Me ve a mi cara de perro? ¿Cara de delfín?
¿Ladro, acaso? ¿Doy saltos y nado a 40 km/hora? ¿Verdad que no?
Y entonces le hablará de libertad y de responsabilidad.
Y le dirá que él sabe (lo está aprendiendo)
si una cosa se hace o no se hace
a partir de la experiencia directa
(de su capacidad de atención)
Y le dirá que él ejercita la empatía,
el sentido ético,
el sentido común.
Mi hijo progresa a toda velocidad porque sabe lo que es un traqueotomía
(y, si hace falta, te la hace)
Y sabe hacer la maniobra de Heimlich, mi hijo.
A la hora del comedor escolar,
en un restaurant, un camping, un picnic, una barbacoa,
sabe que tiene que apretar fuerte aquí,
en la boca del estómago,
y el trozo de jamón serrano que no te deja respirar, lo vomitas.
Porque un trozo de jamón serrano puede acabar con tu vida.
¡Te salva la vida, la maniobra de Heimlich!
Y sabe que si se pierde a medianoche
en un bosque tenebroso
tiene que mirar hacia arriba y orientarse;
¡mirar las estrellas y orientarse!
¿Mi hijo se orienta de noche mirando las estrellas
y a vosotros os parece que no progresa?
¡Progresa a toda hostia, mi hijo, como un ciclón!
Y sabe cosas alucinantes de la naturaleza,
cosas que le ayudan a pensar su vida
(nuestra vida, escueta, de humanos)
Sabe, por ejemplo, que el cuco es bestia.
Y me dice: -¿qué bestia es el cuco, no, mami?-
El cuco parasita nidos ajenos; pone los huevos en nidos de pájaros más pequeños y se pira, se larga.
Se desentiende de la crianza, el cuco.
¿A usted no le parece que sabe un montón de cosas, mi hijo?
¿No le parece que progresa?

Mi hijo lee ese tipo de libros porque se los compro yo
Con ocho años le toca leer eso que está leyendo
(lo que usted ve que lee);
Vida Natural.
Libros de autoayuda y crecimiento personal.
Libros sobre supervivencia.
Rescates en condiciones extremas.
Nociones básicas de defensa personal.
Adaptación a condiciones climáticas adversas.
Construcción de refugios.
Solfeo.
Teoría económica 1.
Manejo y uso de armas de fuego.
Electrónica y mecánica.
Técnicas para la superación del dolor.
Artes marciales.
Inglés, alemán, chino.
Ética, poética y estética.
El entrenamiento es así: hay unas normas y hay que seguirlas.
Un orden en los aprendizajes, una planificación.
Con objetivos generales, objetivos específicos.
Y una finalidad preferente:
estos niños tienen que ser entrenados
técnicamente, físicamente y emocionalmente
para la competición y el pillaje.
Para la supervivencia, la resistencia extrema, la ataraxia.
¡ATARÀXIA, ATARÀXIA!
Felicidad.
Imperturbabilidad del ánimo ante la adversidad.

Porque yo no voy a estar siempre al pie del cañón,
sacándole las castañas del fuego a mi hijo, ¿sabe usted?
Porque, a veces, las madres se ausentan.
No lo pueden evitar y se ausentan.
O se van un rato a pasear, las madres.
Y, a veces, también se mueren, las madres.
Y por eso yo estoy entrenando a mi hijo para que él solo se sepa defender.
Si usted fuera madre, como yo
("madre", que no "padre"; fíjese bien que digo "madre")
No me cabe duda de que se dejaría de gilipolleces y entrenaría a estos niños para lo peor.
Así que, por favor -le digo- ,
respete su entrenamiento.
Y sin dejarle decir ni una palabra (lo que se dice *ni una palabra*)
me despido de él y salgo del despacho
29.

3

Cuando salgo del colegio y llego a la calle son las siete y veinticinco.
Subo al coche y en dos minutos me planto delante de la escuela de karate.
Aparco en doble fila y me enciendo un cigarrillo.
A las siete y media en punto mi hijo sale por la puerta
con el pelo empapado de sudor y sin chaqueta:
–Mamá, mamá –me dice– hoy me han dado el cinturón rojo

y mañana entreno con los mayores, con los de trece.
–Eso está muy, pero que muy bien –le digo– ¿quieres una caladita para celebrarlo ?
Y mientras nos fumamos el cigarrillo a medias
le explico que he conocido a su tutor y le prevengo.
Le digo esté al loro porque su tutor me ha parecido un tipo bastante raro...
Atravieso la ciudad en veinte minutos, tan rápido como puedo (carril bus)
para llegar antes de que la niña (la pequeña, la hembra)
salga de cama elástica a las ocho en punto.
La niña ya nos está esperando.
Sube al coche, me da un beso y se pone a leer.
Les explico que no se si hoy habrá alguna cosa en la nevera
porque he estado todo el día ocupada trabajando
y vamos a pedir una pizza o un chino *to take away* para cenar.
¡Bien!
Y les digo también, para que no se les olvide
(se lo digo cada día para que no se les olvide)
que les quiero más que a nada en el mundo
y que hoy me he acordado de ellos minuto sí, minuto también;
que ellos dos, él y su hermana,
son lo más alucinante que he hecho en la vida;
lo más espectacular y más perfecto que he hecho nunca.
Y les explico (se lo explico cada día para que no se les olvide)
que estoy orgullosa de haber conseguido compaginar
(hacer compatible)
mi vida doméstica y mi vida profesional.
Les explico que podría haber cedido mi tiempo de crianza
a una mujer del Ecuador o polaca, rusa, filipina, española, catalana,
pero que he elegido esta opción – les digo-
He dejado de hacer las actividades prescindibles de la vida
para cuidarlos, ¡eso he elegido!
He dejado el alcohol y las noches locas (prescindibles).
Las cenas con amigos (prescindibles).
Los proyectos preciosos (prescindibles).
El consumo cultural: cine, teatro, museos (totalmente prescindible).
La lectura (la lectura, también, prescindible).
Los ratos perdidos mirando el mar (prescindibles).
Los días con pereza, tele y sofá (prescindibles).
Las giras mundiales (completamente prescindibles, ¡claro!).
He dejado todas estas cosas prescindibles de la vida
para cuidarlos, criarlos.
Crearlos.
Pensé: son solo 6 o 7 años.
6 o 7 años pasan volando.
En la vida de una mujer: ¿qué son 6 o 7 años?
Nada.
Absolutamente nada.
Una mujer no tiene tiempo de hacer nada destacable en 6 o 7 años.
Por eso tiene que dejar las cosas prescindibles de la vida
y hacer compatible su vida familiar con su vida laboral.
CONCILIAR.
Hacer compatibles las horas de crianza
(esas horas muertas, improductivas, irrelevantes)
con las horas verdaderamente productivas;
las que cuentan,

computan,
las que le van a pagar,
las horas que dedica a su trabajo en la fábrica,
el supermercado,
como marketing *manager*,
médico de familia,
abogada,
veterinaria,
pediatra,
investigadora,
política,
artista,
activista,
policía,
o gogó.

¡Estas sí que son horas productivas!
Pero dar la vida, conservar la vida, ¡qué idiotez!

Te jodes y CONCILIAS.

Guardería y a trabajar.

YO CONCILIO

TU CONCILIAS

ELLA CONCILIA

NOSOTRAS CONCILIAMOS

VOSOTRAS CONCILIAIS.

ELLOS NO CONCILIAN.

Porqué, ¿esta es nuestra misión, no?

¿Me ves a mi cara de hacer algo distinto, original?

¿Me ves a mi cara de conformarme con ser ama de casa

o atreverme a ser vicepresidenta del gobierno?

¡NO!

YO CONCILIO.

Lo hago todo.

¡Soy una jodida máquina y puedo con todo.

(No sabéis de qué manera puedo con todo)!

Y cuando pienso en esto, en cuál debe ser esta, nuestra misión,

pienso inmediatamente en Wim Wenders y me estreso.

Pienso en su película *La sal de la Tierra* y me pongo muy nerviosa.

Se trata de un documental que explica la historia de un fotógrafo (Sebastião Salgado)

que tiene una misión: hacer fotografías.

! la película la filma otro señor (Wim Wenders)

que tiene otra misión: hacer cine de autor.

Pero a medida que avanza la película, fotograma tras fotograma,

yo no puedo dejar de pensar en Lelia Wanick

(la mujer de Sebastião Salgado)

Y en sus dos hijos (los hijos de Sebastião Salgado),

uno de ellos con síndrome de Down.

Y la película que yo quiero ver es la de Lelia Wanick y sus dos hijos;

la de Lelia Wanick en las casa inmensa criando sola a sus dos hijos

(CONCILIANDO su vida familiar con su vida laboral).

Y a medida que avanza la película,

las fotos de Sebastião Salgado cada vez me gustan menos.

Fotos de niños africanos muertos al nacer, de niños desnutridos, de morsas,

de guerras salvajes, de glaciares.

¡Has hecho una película que no tiene ningún interés, Wim Wenders!

Porque el relato que iba tomando dimensiones desproporcionadas,
el relato que se iba imponiendo,
el que a mí verdaderamente me estaba interesando y tú no me explicabas, ¡Wim Wenders!
era el relato que explicaba la vida de la Lelia Wanick.
Pero la película sólo nos explicaba la vida pública (y épica) de Sebastião Salgado;
Él tiene una misión.
Ella, si la tiene, tú no la filmas, ¡Wim Wenders!
¿Dónde están, Sebastião Salgado, las fotografías que le hiciste
a tu pequeño síndrome de Down?
¿O no se las hiciste?
¿Fuiste capaz de fotografiar los cuerpos de niños muertos de hambre en Somalia
y no fuiste capaz de fotografías a tu pequeño síndrome de Down?
¿De qué vas, Sebastião Salgado?
¿De qué vas, Wim Wenders?
¿De qué vais todos, joder?
No puedo conmigo, ¿cómo queréis que pueda con vosotros?

Cuando llegamos a casa están los dos dormidos.
Tienen la cabeza apoyada en la ventanilla del coche, uno a cada lado,
y el pelo húmedo porque los cristales se han empañado.
Fuera hace frío y es de noche.
Cargo al niño en brazos y a la niña, que se despierta con mayor facilidad, le digo que camine y que me siga.
Los llevo a su habitación y les digo que se quiten los zapatos y los pantalones
y se metan en la cama.
“Hoy no vamos a cenar –les digo- ni vosotros, ni yo.
A vuestra edad, tanto hace el comer como el dormir”.

4.

La niña (la pequeña, la hembra)
sigue el mismo entrenamiento que el niño;
exactamente la misma planificación.
Los mismos objetivos generales, objetivos relacionados...
La misma finalidad preferente: la ATARÁXIA.
¡La FELICIDAD Y LA ATARÁXIA!
Pero como ella sólo tiene cinco años, aún está en la etapa de las Fábulas de Esopo
y los cuentos de los hermanos Grimm.
Me gasto un montón de dinero en libros para mis hijos,
pero para eso trabajo: para gastarme el dinero que gano
en lo que me da la gana.
Cada día compro tres libros: uno para mí, uno para el niño y otro para la niña.
Salimos del colegio y vamos cada día de excursión a comprar libros.
Y los fines de semana, de excursión al cementerio.
A sentarnos a la sombra de un ciprés a leer concentrados y en silencio
(en ese silencio perfecto y emotivo que sólo existe en los cementerios).
Cada día uno, dos, tres libros.
Cada día veinte, treinta o cuarenta euros en libros.
Seiscientos, novecientos o mil doscientos euros al mes en libros.
Ya lo dije: mucha pasta.
Podría gastarme el dinero que gano en ropa, pero la ropa me resbala.
En restaurantes caros, pero la especulación con la comida me resulta detestable.
Podría ir de vacaciones 3 veces al año a lugares exóticos y exclusivos,
pero ya no quedan en el mundo lugares exóticos y exclusivos.

Nos los hemos zampado.

Así que me gasto el dinero que gano en libros para mí y para mis hijos.

Por suerte, tengo un trabajo.

Un buen trabajo que me gusta lo normal.

Un buen trabajo donde me pagan un poco más de lo normal.

(lo necesario para poder comprar tres libros al día)

Aunque mi trabajo me parece un trabajo cualquiera, un trabajo normal.

Voy, lo hago y cobro el dinero.

Voy, lo hago y me pagan.

De todas maneras, da igual el trabajo que hagas porque

cualquier trabajo es siempre una mierda de trabajo.

Aunque ganes más pasta que nadie,

aunque te parezca que es un buen trabajo,

siempre estará ocupando tu vida de manera desproporcionada

(la única vida que tienes, esa, echada a perder)

Y eso no tiene ningún sentido.

¿Quieres que te diga lo que realmente me da fuerzas

para ponerme lo que se dice «presentable» y salir a trabajar?

¿Sabes lo que de verdad me anima a continuar?

¿A poner incluso cara de fiesta cuando llego al trabajo?

Lo que realmente me anima a continuar es saber que la vida

(eso que yo llamo «vida»)

no tiene nada que ver con el trabajo.

Por eso siempre insisto en la misma idea delante de los niños.

Les digo que elijan un trabajo cualquiera que les de pasta

y que hagan lo que les gusta,

lo que les da placer y les pone contentos,

en sus ratos libres.

Que no esperen nunca “llenar” su vida con un trabajo.

(*realizarse* en la vida con un trabajo)

Porque un trabajo siempre acaba siendo eso: un jodido trabajo.

Una actividad que ocupa tu vida de manera desproporcionada.

¡La única que tienes, de vida!

¡Te lo tomes como te lo tomes, hagas lo que gagas, ganes lo que ganes!

Les digo que sólo conozco a unos cuantos (que sumo con los dedos de esta mano)

que trabajan haciendo lo que les gusta,

pero que, con el tiempo, acabarán también hartos de su trabajo.

Es decir: hartos de aquello que tanto les gusta.

Hartos de lo que ha sido, durante un tiempo, el motor de su vida.

El teatro, por ejemplo.

La botánica.

¡Hartos del teatro, del maldito teatro!

¡Subyugados por la botánica, exhaustos!

¡Y eso ya sería el *súmmum* de la infelicidad!

Y como yo no puedo imaginar para mis hijos ni un segundo de infelicidad,

trato insistentemente de que aprendan a no confundir nunca

el trabajo con la vida.

El trabajo con la pasión que pueden despertar la arqueología o la botánica.

El trabajo con la palabra alucinada.

El trabajo con la fascinación que pueden provocar ciertos objetos dotados de belleza.

El trabajo con la velocidad de una carrera o la potencia de un salto.

El trabajo con el olor de un estofado de lentejas con chorizo.

Con la pasión por la ciencia, la física, la astrología.

Con la pasión por comunicar,

el deseo de volar, de salvar vidas.
El trabajo con el dolor de la pérdida.
El trabajo con la vida.
Les digo que, cualquier día, me voy a escapar al País de Nunca Jamás para pedir un deseo.
Un deseo importante.
Un deseo de los que, si se cumplen, hacen historia.
Pediré que un día (y de una vez por todas)
se crucen de brazos todos los trabajadores y trabajadoras.
Que se paren en seco.
Sin excepción.
Que se queden quietos, inmóviles, con los brazos cruzados y mirando el paisaje
O tumbados boca arriba, como cadáveres sobre la tierra.
Sin prisa, sin rabia, sin terror.
Y les explico que hoy vamos a comprar un libro descatalogado;
que vamos a ir a una librería de segunda mano
y vamos a comprar *El intercambio simbólico y la muerte*, de Jean Baudrillard.
Año 1976, hace casi 40 años.
Baudrillard escribe: «La única alternativa al trabajo no es el tiempo libre o
o el no-trabajo, es el sacrificio».
Pero no el sacrificio entendido en el sentido cristiano –les explico a mis hijos-
no la resignación ¡NO!
El sacrificio entendido en un sentido precristiano;
la disolución de la vida en la muerte.
Porque esta amenaza simbólica de muerte, de desaparición,
es lo único que dispone el trabajador para hacer frente al sistema que le esclaviza.
¿Lo entendéis?
Más fácil, de acuerdo.
Dice el trabajador (y dice la trabajadora):
«Cuando empiece a comerme las puntas blandas de los dedos,
ya no habrá vuelta atrás. Lentamente desapareceré yo y todos los objetos que fabrico
y ya no habrá vuelta atrás”.
¿Ahora lo entendéis?
¿Os dais cuenta de que esta es nuestra fuerza, la que tenemos, lo que nos queda?
¿Queréis venir conmigo?
¿Os atrevéis? ¿Vamos?

ORACIÓN PARA LOS HUELGUISTAS DEL 28 DE JULIO DE 2006 EN EL AEROPUERTO DE EL PRAT.

<http://barcelona.indymedia.org/newswire/display/269069/index.php>

A la puta mierda los medios de comunicación, porque llamaron delincuentes a hombres y mujeres cuyo único delito fue detenerse en mitad del verano, muertos de miedo, temiendo perder su vida y su trabajo. A la puta mierda los medios de comunicación, porque convencieron a mi abuela de que esos hombres y mujeres eran delincuentes, *bandidos*, y había que castigarles. A la puta mierda los medios de comunicación, porque utilizaron expresiones del tipo “dar mala imagen” cuando no tiene ningún sentido decir que alguien que está luchando por sus derechos está dando “mala imagen”. A la puta mierda los medios de comunicación, porque siguieron calificando el acto de “vergonzoso, tercermundista e indignante” los días posteriores a la huelga. A la puta mierda los medios de comunicación, porque ponen por encima de un derecho (la estabilidad laboral de unos cuantos), un privilegio (las vacaciones de la mayoría). A la puta mierda los medios de comunicación, porque nunca utilizaron expresiones del tipo “acto poético” o “acción reveladora” para explicarle a mi abuela que hay un montón de

trabajadores invisibles, gente que no ves, que son fundamentales para que las cosas funcionen. A la puta mierda los medios de comunicación. Yo no puedo con vosotros.

5.

Estoy aquí.

Sentada.

Paciencia infinita.

Tota oídos, toda tetas, expuesta.

Amándote-amamantándote.

Aquí, para ti, como una ofrenda.

Este es mi pequeño secreto:

existir para ti como una ofrenda.

Cuando me necesites, llámame.

Tú dices «mamá» y yo voy inmediatamente.

Haces «ay» y voy a toda velocidad.

Dices «agua» y te llevo el vaso.

Si me pides que te mire, lo haré.

Que te mire correr, lo haré.

Que te mire cantar, bailar, saltar muy lejos, lo haré.

Que te mire hacer caca, lo haré.

Escribir la «A», tu nombre completo, la carta a los Reyes Magos, lo haré.

Voy a estar siempre aquí.

Me dirás: «Esto no va, no funciona» y yo te lo arreglaré.

«Ponme el calcetín» y lo hare.

«Mamá, tengo pipí, tengo hambre, tengo sueño, estoy triste» y yo estaré ahí.

Estoy aquí.

Como una ofrenda.

Este es mi pequeño secreto: existir para ti como una ofrenda.

6.

No sé si mis hijos entienden mi deseo.

Tampoco puedo asegurar que vayan a tener en cuenta, algún día,

mis consejos bienintencionados de madre.

A menudo los hijos acaban haciendo lo que les da la gana.

Y eso me parece bonito.

Es ley de vida.

Me pone contenta.

Al principio: miedo

Al final: miedo igual, pero soportable.

Miedo de cagarla en todos los sentidos.

Que todo te salga mal.

El tiro por la culata.

Criar cuervos.

Pero con el tiempo, descansas, te tranquilizas, les das aire.

Te das aire.

Con el tiempo...

Un día tiene 1440 minutos.

Pongamos por caso que dedico a mi trabajo

una tercera parte de las horas contadas que tiene mi vida.

De las 24 horas que tiene un día, dedico 8 horas a hacer cosas que me pagan por hacer.
Me pagan por hacer cosas a veces muy difíciles
y a veces absurdas.
y las hago (las difíciles y las absurdas) y me pagan.
Estos son los únicos minutos del día
que obtienen remuneración.
Regalo el 33% de mi tiempo a mi trabajo.
El 33% de mi tiempo (tic-tac, tic-tac)
entregado a mi trabajo por una remuneración.
Por un salario.
480 minutos pagados al día.
Si a esto le sumamos las horas extras, los correos electrónicos en el autobús,
las llamadas, los whatsapps, el ir y volver del curro,
las horas de mi tiempo que sigo pensando en el trabajo
(mientras ceno, hago el amor o juego al *scrabble* con mi hija:
horas robadas, escamoteadas, capitalismo cognitivo, *baby*, ¡es lo que hay!)
hacen un total de 10 horas dedicadas a la empresa.
600 minutos al día.

Duermo entre 6 y 7 horas
(si descuento las veces que me levanto en la noche rara y oscura a dar la teta,
el vaso de agua, la mano,
o a acompañar a hacer pipí,
ayudar a pasar el miedo)
No suman ni 6.
360 minutos.
(Sin contar, claro está, las noches de fiebre, vómitos y lavadoras a horas intempestivas)

Dedico 3 horas al día a hacer de transportista.
Transporto a mis hijos a "sitios".
Sitios donde ponen en práctica las cosas que aprenden en los libros que leen,
sitios donde aprenden cosas que hay que aprender pero que no salen en los libros que leen,
sitios donde sus amigos celebran fiestas de cumpleaños americanas
con *cookies*, *brownies*, *muffins*,
sitios donde están los dentistas, los psicólogos, los médicos, los logopedas...
Y si a esto le sumamos los dos viajes organizados que hacemos cada día,
por la mañana y por la tarde,
desde casa al colegio, desde el colegio a casa (casa-colegio, colegio-casa)
hacen un total de 3 horas de carretera. 180 minutos al día.

Dedico 2 horas a la intendencia y a la logística.
Esto incluye el ir a comprar a la tienda de abajo,
al paquistaní,
al supermercado (encontrar a los niños perdidos en los pasillos del supermercado),
sacar las cosas de carro cuando llego a la caja,
llenar la nevera cuando llego a casa,
poner la mesa,
hacer la comida,
cenar, dar de cenar, quitar la mesa,
volver a empezar: desayuno, merienda, cena, vasos de leche...
¡comer no, qué alivio! ¡que comen en el colegio!
¡Monumento inmediato al inventor de los comedores escolares!
Es decir: 120 minutos dedicados a la intendencia y a la logística.

30 minutos diarios dedicados al cuidado y mantenimiento de ojos, orejas, nariz, boca, culo, vagina, estómago, axilas.
Me lavo el coño, los dientes; me depilo el sobaco.
Me como un sándwich de jamón york, hago caca, me sueño.
Combino como puedo acciones higiénicas (higiene personal nivel usuario: básico) con acciones alimenticias puntuales: lavarme, depilarme, comer, váter.
Todo esto hace un total de 1290 minutos (¡Ay, no! ¡Maria José, la perra!)
20 minutos más.
1.330 minutos, ahora sí.

Pero teniendo en cuenta que para recoger las piezas de Lego que llenan el comedor, las piezas pequeña, a las cajas; las grandes, haciendo torres, apiladas, los animales de madera en sus agujeros de madera, los vestidos de las muñecas, en la caja de los vestidos de muñeca, los vasos de agua de la noche anterior, a la cocina, las bragas y los calzoncillos sucios, a la ropa sucia. El pijama sudado, a la ropa sucia. Los cojines con olor a saliva, a la ropa sucia.

Sacudir el edredón del invierno, la sábana y la colcha en verano.
Ventilar las habitaciones:
1, 2, 3 habitaciones.
Hacer la cama de las tres habitaciones.
1, 2, 3 camas.
3 sábanas y 3 colchas en verano.
3 edredones en invierno.
Estirar la bajera.
1, 2, 3 bajeras.
1, 2, 3 almohadas.
Ahuecarlas.
Recoger los clínex con mocos que inundan el suelo de la habitación, y los cuentos de la noche anterior y los pañales meados.
Y el biberón con leche agria.
Lavarlo. Hervirlo. Desinfectarlo.
1, 2, 3 habitaciones; ventilarlas.
Dejar las ventanas abiertas unos minutos y luego cerrarlas, claro.
El baño.
Un producto anti-cal en el grifo de la bañera, en el del lavamanos, en el bidet.
1, 2, 3 grifos que necesitan anti-cal.
Aclara el producto anti-cal con agua abundante.
Un chorro de lejía en el váter.
Pasar la escobilla.
Fregar la tapa con una bayeta.
Levantar la tapa y fregar el inodoro.
Los platos de la noche anterior.
En la cocina.
Restos de comida pegoteados en los platos.

Aclararlos uno por uno y ponerlos ordenados en el friegaplatos.
Barrer las migas del desayuno,
Pasar el trapo por la mesa de la cocina, las encimeras, la vitro.
Poner a hervir judías verdes para la cena.
Descongelar pechuga de pollo
(que ayer comieron dos veces pescado, no pasa nada;
descongelar hoy pechuga de pollo y ya está)
La lavadora. Hoy, una de blanco.
Frotar a mano los restos de comida de los baberos
y las manchas de caca de las bragas de los niños
y la sangre negra de la regla en las sábanas
y los calcetines blancos de deporte.
Poner la lavadora de blanco a
a 79/80 grados con cualquier producto blanqueador.
(cualquiera, pero lo debes tener).
Y recuerda después tender la ropa de blanco al sol, antes de salir de casa,
porque nadie mirará dentro de la lavadora.
Y coloca la ropa en los armarios siguiendo un orden predeterminado.
No improvises.
Las camisetas más ligeras en un montón.
Las más gruesas, en otro.
Los pantalones para usar en el colegio (más viejos, más usados)
separados de los nuevos (de domingo).
No los mezcles que luego ellos se confunden.
Los bañadores y los gorros de piscina, atrás.
Y el traje de karate
bien doblado que se arruga.
Y las bragas apiladas y los calcetines apareados.
Y los vestidos colgados y planchados, claro está.

Y antes de irte friega el suelo con algún producto desinfectante
con fragancia a pino, a limón, a *spa*.
Que cuando lleguen ellos a casa todo esté en orden
y el olor sea agradable.
De casa que te acoge, de casa que te nutre.
De casa-casa.

Dedico 98 minutos de mi día a ESTO.
98 minutos al día de presencia desapercibida
(de cuerpo en acción brutal: de TRABAJO DOMÉSTICO)
98 minutos al día dedicados al cuidado de nuestra casa.

Lo que quiere decir que de vida, vida
(de eso que yo llamo «vida»: el cerebro disponible, las manos desocupadas),
sólo me quedan 14 minutos.
14 minutos de vida
al día.

7.

Y son estos 14 minutos los que aprovecho para mirarte
directamente a los ojos y pedirte que me abrases.
Te pido que, durante esos 14 minutos,

seamos como los dos adolescentes que vimos el martes en el andén de la línea 5
(con los labios fosforescentes de haberse besado tanto).

Te pido que, como ellos en el andén, dejemos pasar un metro y después otro;
que durante esos 14 minutos de nuestra vida (como ellos en el andén)
nos mantengamos ajenos a todo,

al ritmo de todo,

a los tiempos de la mayoría,

que nos quedemos 12 minutos pegados por la boca,

que salgamos a la calle oliendo a noche bien vivida,

a noche bien follada.

Aunque sólo tengamos 14 minutos para ti y para mi

llegar hasta el fondo,

aprovecharlos hasta el final.

Sí que es así.

Sí que es verdad que insisto,

que reiteradamente busco tu mano,

que acerco mis tetas a tu mano,

mi pelo a tu mano,

mi lomo a tu mano.

Lo que yo querría: que me pusieras la mano encima.

Que me agarraras el culo y me comieras el coño a besos.

Follar y ser felices.

Follar y fabricar más hijos

Tres, catorce, veintitrés hijos todos nuestros,

todos salidos de polvos alucinantes,

de polvos para morir de gusto.

Sí, es exacto.

Tienes la imagen exacta.

La tienes y te la voy a recordar: Tú y yo enganchados físicamente, como lapas,
follando sin descanso durante 142 días.

142 día marcados en la pared.

Eso era el deseo en el cuerpo.

Eso era, también, el miedo en el cuerpo.

El miedo de los dos en el cuerpo de los dos.

Porque mi cuerpo llora si sabe que te pierde.

Llora mi cuerpo y se queda sin palabras.

Se acojona, mi cuerpo, si sabe que te pierde

Se caga, mi cuerpo, si sabe que te pierde

Se hunde, mi cuerpo, si sabe que te pierde.

Y no sé si se puede follar y estar hundido,

estar terriblemente mal y pegar el mejor polvo de tu vida,

pero el caso es que tú y yo,

si estamos hundidos,

mal lo que se dice mal,

con la tristeza pegada en la garganta

(la boca seca, la nariz seca, los ojos secos, seco en el coño)

sólo podemos abrazarnos, acunarnos y tratar de descansar.

Pongo la cabeza apoyada en tu brazo,

entre el brazo y el sobaco.

Donde me gusta.

En ese tramo exacto donde tu olor me pone como loca.

(como una cabra loca)

Tu olor a sobaco me va directo al cerebro:

la lengua se me hunde,
los ojos, el coño se me hundan
¡Todo se me hunde!
Inundación total.
Mojada a tope de arriba abajo.
Y si me quedo quieta, ahí, en ese hueco, en ese tramo
y me dejo inundar;
si no me muevo ni un pelo y me quedo ahí, quieta.
Sé que acabaremos metiéndonos la lengua hasta la garganta
y follando como animales grandes.
Me gusta cuando follamos así, sin premeditar nada.
Me gusta cuando los pantalones se nos quedan atornillados en las rodillas,
la camiseta mal puesta.
Desorientarme en la cama, tragarme pelos.
Cuando no tengo ni idea de cuál será el siguiente paso,
entonces es lo que yo llamo “un polvo alucinante”.
Pero follar así, de vez en cuando, la mar de bien,
imaginar que sí podemos ser felices, allí, en ese momento loco,
nos confunde estrepitosamente y nos despista.

Te digo: lo hago porque te quiero y doy puñaladas.
Golpes bajos.
Defenderse mediante el ataque es una técnica antigua, sí, pero cuando la pruebas conmigo me da que pensar.
Me dices: “Me dejas sin fuerzas, roto, lleno de mierda”.
Y luego lloras para que te abrace.
Que te perdone y te abrace.
Esto se parece a una canción de amor, pop.
A una balada chungu.
A un reguetón.
Una novela rosa.
Un cuento de hadas.
La diferencia es que aquí nunca sabes cómo va a acabar el cuento.
O te adaptas, o no sobrevives: la ley de la selva.

Esto es una vida vivida.
Una vida a ratos malvivida.
Alguien me debería haber explicado
Cuando era una niña, cuando aún me faltaba crecer,
que no iba a existir ningún hombre capaz de hacerme feliz.
Que hacía falta NO CONCEDER para ser feliz.
Y que, cuando amas a alguien, concedes.
Y que eso, conceder, es contrario a la felicidad.
El amor es contrario a la felicidad.
El amor es un entretenimiento, un opiáceo que utilizas un tiempo y después caduca.
No sirve. Falla. Se estropea.
Se rompe.
El amor idiotiza, obtura, aturde.
El amor es letal.
Pero esto nadie me lo explicó.
Nadie me explicó que el amor no me haría feliz.
¿Por qué no lo explican, eso?
¿Por qué no lo explican en el colegio?
¿Por qué no lo explican los de Disney?

¿Por qué no lo explican en la televisión?
¿Por qué alguien no les explica a los niños y a las niñas que el amor romántico es letal?
Yo lo acabo de aprender y tengo 42 años.
Nadie me lo explico cuando tenía 7, o 18, o 29.
Pensaba que el amor me sanaría
y el amor me ha dejado exhausta.
Débil. Sedienta. Sin aliento.
Ahora lo sé y soy capaz de decirlo en voz alta:
¡El jodido amor romántico ha acabado conmigo!

El amor me fue bien durante un tiempo (me sirvió)
pero después no supe qué hacer con los despojos del amor.
Tendrás entre las manos los despojos del amor
y se te quedarán enganchados en los dedos
como si fueran resina fresca.
¡Y no sabrás qué hacer con ellos!
¡Andarás dando tumbos, sucia de arriba abajo,
pringada de resina fresca,
y no sabrás qué hacer con toda esa mierda!
¡Y todo lo que toques va a quedar asqueroso, pegajoso, pringado de resina fresca!
El volante del coche, la ropa del bebé, los anoraks.
Las ollas de la cocina, la cafetera *Nespresso*.
La agenda, el whatsapp, el puzle en 3D.
Las manos de los colegas, las tuyas: los dedos, las uñas, el coño.
¡Todo bien untado de resina fresca!
De los despojos deplorables del amor
(pegajosos, asquerosos).
¡Resina fresca por todas partes!
¡Qué guarrada!
Así no hay manera de hacer nada.
No hay manera de avanzar.
No vamos a avanzar así.
No vamos a poder dar ni un solo paso hacia delante.

Lo hemos confundido todo.
El amor con el sexo, con la familia;
Sexo por amor: ¡una mala idea!
Sexo dentro de la familia: ¡una mala idea!
Amor monógamo: ¡una mala idea!
Crear familias a partir de parejas que follan
(parejas que durante un tiempo follan y después se cansan, es natural: ¡una mala idea!)
Tener hijos y criarlos junto al padre biológico: ¡Una mala idea!
Sexo, familia e hijos en un mismo saco, un mismo coche, la misma casa
¡una mala idea, joder, una mala idea!

Lo que yo querría: que todos me pusierais la mano encima.
Que me agarrarais el culo y me comierais el coño a besos.
Por turnos, por orden
(en el orden que yo elija)
Cuando los pantalones se me quedan atornillados en las rodillas, las bragas mal puestas, la garganta
seca, la boca llena de pelos,
cuando no tengo ni idea de cuál será el siguiente paso,
entonces es lo que yo llamo “un polvo alucinante”.
Sí, exacto. Tenéis la imagen exacta.

La tenéis y os la voy a recordar:
vosotros y yo enganchados físicamente, como lapas,
follando sin descanso durante 142 días.
142 días marcados en la pared.
Uso un color distinto para cada amante.
Un color distinto para cada uno de vosotros:
el negro
el rojo
el verde
el cian
el lila
el fucsia...
Y todo esto lo vamos a hacer sin premeditar nada.
Sin pautarlo en exceso.
Sin prisa pero sin pausa.
Por turnos, joder.
Mira que os lo tengo dicho: tenemos que organizar turnos.
¡No seáis salvajes que hay para todos!

Desde que llegué aquí, desde que tengo memoria,
he deseado de un modo instintivo y reincidente siempre una sola cosa:
SER AMADA.
Cargo en el lomo, como unas alas de pájaro,
tan solo ese deseo bestial de SER AMADA.
Y todo siempre ha sido poco para mi sed.
¡Insatisfecha, herida, abandonada, desesperada, histérica, puta!
He corrido desnuda, en mitad de la noche, despendolada, calle abajo,
huyendo una y otra vez de un cuerpo
y no precisamente detrás de otro cuerpo,
sino de un imposible: todos los cuerpos.
He escarbado a mordiscos la tierra.
He deambulado en medio de la niebla
con los pies llagados.
La boca seca.
Seco, el cerebro.
La carne magullada y una sola cosa viva, una sola cosa alerta:
el coño inundado y siempre ese deseo bestial
de ser amada.
TODO SIEMPRE POCO PARA MI SED.

Follar y tener millones de hijos.
Pasar el resto de la vida
(la vida que me queda, los días que me faltan)
preñada o criando.
Empalmar embarazos con crianzas y quedarme tan ancha.
Hablo de una pulsión. Hablo sin fundamento científico.
Mi cerebro sólo ha encontrado paz en ese estado químico, anímico.
Por eso he decidido parir, criar, alimentar
hasta quedarme sin aire, sin fuerzas, sin aliento;
hasta que mi cuerpo diga basta.
Hasta que mis huesos, mis órganos, mi cerebro, no resistan otra vez más.
Parir 7, 11, 14, 26, 42 hijos de padres distintos,
con rasgos distintos,
nacionalidades distintas,

genes distintos.

FIN DE LA ENSOÑACIÓN.

FIN DE LA ENSOÑACIÓN.

Fin de la ensoñación.

Soy una mujer monógama y tengo sólo 2 hijos.

8.

Para ti, localizar mis zonas de dolor y, para mí, localizar las tuyas,
es decir: localizar las zonas de dolor de la persona que te ama,
es tan sencillo como pelar un plátano.

¡Que ya me dirás tú qué chorrada!

En tres segundos te puedes comer el plátano.

No tiene mucho mérito, la verdad.

Lo hacen hasta los monos.

Es una habilidad de mono, de primate.

Nos la vamos mandando directo al hígado

(que es donde más duele)

y directo al hígado es *knock out*.

En el boxeo es el punto débil y es "tocado y hundido".

Tocado y hundido a la primera

¿Y sabes cómo lo llamo yo a eso?

Últimamente lo hago: pongo nombres a cosas que no tienen un nombre específico.

Les pongo nombre a algunos momentos, sentimientos, sensaciones...

¡Para aclararlo todo!

Para comprender de una vez por todas.

¡Clasificarlo todo y poner orden!

Hacer conjuntos, conjuntos de cosas.

Intersecciones.

Como cuando se decide que los huevos van de doce en doce o de seis en seis.

Familias de cosas.

De palabras

Varemos.

Y a esto que nos pasa yo le he puesto un nombre y he redactado unas reglas.

Es un juego y tiene sus reglas.

9.

REGLA Nº 1 del juego del mezquino:

Hacer daño a la gente que te quiere y después pedir perdón.

No tener cojones para enfrentarte a los que verdaderamente te joden,
a los que no representan nada para ti y verdaderamente te joden,
y pagarlo con los que te quieren.

Hacer daño a los que te quieren porque sabes dónde darles.

Esta es la regla nº 1 del juego del mezquino y está basada en el poder del perdón.

En la capacidad que tienen los que se quieren de perdonar.

Machacas sin piedad a tu madre, tu padre, tu hermano, tu mejor amigo, tu novio,
y ellos, sin dudarlo, te perdonan.

REGLA Nº 2 del juego del mezquino:

Que te atrevas sólo con los que sabes,
porque se ve a la legua,

que son más débiles que tú.
Que te atrevas sólo con los que sabes que no tienen capacidad de reacción.
Los que no van ni tan siquiera a odiarte
porque respetan tanto tu posición
que van a entender tu gesto como un gesto necesario.
Y con la cara hecha un cromo y el alma machacada, triturada,
con las rodillas ensangrentadas de haberse dejado arrastrar,
piensan que tú, la más grande,
tienes todo el derecho a hacerles todo ese daño.
Saben que tienen mucho que aprender contigo.
Lo saben y sonríen.
Con los ojos desencajados y el alma amoratada,
sonríen.
Sonríen con una sonrisa inflada, de oreja a oreja,
llena de sangre y pedacitos de diente machacados.
Tienen la boca encharcada y los mamonos no escupen la sonrisa.
Escupen líquidos, trozos de muela, empastes, piel del paladar,
pero la sonrisa no la escupen.
La llevan ahí pegada, atornillada,
y ponen la otra mejilla para que les sigas dando.
Esta es la 2ª regla del juego del mezquino y funciona porque, aunque ellos no te quieran
como te quiere tu familia, tu madre, tu padre, tu hermana, tu novio...
te van a perdonar igual.
Y no porque te tengan cariño, sino porque te tienen miedo.
Miedo y respeto.
Respeto incondicional.

REGLA Nº 3 del juego del MEZQUINO:

No bajas la guardia, porque los débiles de voluntad,
esos que te respetan, te tienen miedo, te ponen la cara, te chupan la polla,
se vuelven oportunistas con el tiempo
y, con el tiempo, aprenden de ti de maravilla.
Aunque lo habitual (y lo que explica la continuidad y la vigencia del juego del mezquino)
es que machaquen a los de voluntad más débil que la suya
y que a ti, que les has jodido bien pero lo que se dice bien,
te respeten siempre.

10.

Estas son las tres reglas del juego del mezquino
y me sirven para tratar de comprender
por qué nos hacemos añicos
(puré de patatas *Maggi*)
día sí, día también.
Me sirven para hacerme una idea,
para tratar de una vez por todas de comprender.
Comprender y querer ser comprendida: una alucinación.
Lo primero que intento en la vida, lo primero que recuerdo que intento en la vida
es hacerme comprender.
Primero, por mis padres.
(La madre, el padre, la madre, el padre)
Que entendieran lo que yo tenía en la cabeza (mi visión del mundo)
Días eternos dedicados en cuerpo y alma a que me entendieran.

¡Joven e inexperta como era pero rellena de argumentos como un pollo de Navidad!
Dando razones, moviendo las manos, la boca, como un sordomudo.
Dando latigazos con el cuerpo flaco y fibrado.
Hacia un lado, hacia el otro.
Hacia un lado, hacia el otro.
Dando coces como una yegua cabreada.
Mugiendo para hacerme comprender.
Aullando.
Y nada.
No conseguí que caminaran ni un trecho así por mi cabeza.
Sólo bla bla bla bla bla
(un sonido grave de fondo)
y yo como una gallina clueca,
como si hablara en alguna lengua ininteligible,
o detrás de un muro, una campana de cristal.
Y ahora trato de hacerme comprender también por mis hijos.
¡A la desesperada!
Les digo: «Qué parte de lo que estoy explicando no habéis entendido?
No pasa nada, decidme dónde os habéis perdido y os lo vuelvo a explicar.
Volvamos a empezar, ¿vale? ¿Dónde os habéis perdido?»
Y así sigo con todo el mundo.
¡Por todos, trato de hacerme comprender!
por los vecinos, las cajeras, las amigas en los bares
los médicos, las madres de los amigos de mis hijos,
los profesores de mis hijos,
la gente del curro ,
los del sindicato,
la guiri en la barbacoa del domingo...
Hasta por la perra, trato de hacerme comprender
Le digo: *sít*, en inglés, y quiero que me comprenda.
Le explico:
María José, he tenido un día de mierda,
un día de esos que no se olvidan,
así que quiero darme un respiro
tomar el aire sola
ir a dar un paseo sola
salir sola a pasear.
Y la perra oye “pasear” y se pone como loca.
Pierde el norte y no entiende nada.
Me trae la correa y babea pensando en el paseo.
¿Es que no voy a poder hacerme entender ni por la jodida perra?
Y lo peor es que como sé que no me estoy haciendo comprender,
que ni la perra me está entendiendo,
me esmero en dar explicaciones,
es decir: doy rodeos.
En vez de ir al grano, al meollo: doy rodeos.
De manera insistente, patosa.
Cada vez la lío más y ya no hay dios que me entienda.
Nadie entiende nada y todos me malinterpretan.
Hablas y la gente te malinterpreta.
Te interpreta mal, o sea: dices una cosa y la gente entienden lo que le da la gana.
Como ese otro verbo: *tergiversar*.
Hablas y la gente “tergiversa” tus palabras.
La gente te dice “has dicho tal” y tu piensas: *joder, pero si ni siquiera lo pienso*

¿cómo voy a haber dicho algo así?

Es como una pesadilla dentro de otra pesadilla
que está dentro de otra pesadilla, dentro de otra pesadilla, de la que no sales.

Te pasas la vida rodeada de gente que quieres comprender
(gente que necesitas que te comprenda)

y al final, nada.

Al final, te jodes.

Tu, dale que te dale como una gilipollas tratando de hacerte comprender
y al final, nada.

¡No hay nada que comprender!

No puedes conseguir que nadie camine ni un trecho así por tu cabeza
como tampoco puedes conseguir caminar un trecho así por la cabeza de nadie.

Sólo bla bla bla bla bla,

un sonido grave de fondo.

Como una gallina clueca, tú.

Como si hablaras en alguna lengua ininteligible,
o detrás de un muro, una campana de cristal.

Todos pasean su cabeza por ahí como se pasean las bolas por la mesa de billar.

Hay contactos imprevistos, roces, colisiones;

te vas dando de hostias con las cabezas de los demás

(que van por ahí, autónomas, pululando)

pero no puedes conseguir caminar ni un trecho así por la cabeza de nadie.

Y ahora –les digo- ¿Qué parte de lo que intento explicaros no habéis entendido?

No pasa nada, decidme dónde os habéis perdido y volvemos a empezar.

¿Queréis que vuelva a empezar?

¿Os he dicho que sois lo más importante que me ha pasado en la vida?

¡La cosa más bella, más perfecta y más alucinante que he hecho en la vida!

Pero a veces las madres necesitan descansar.

Salir a dar un paseo.

Tomar un poco el aire.

Y a veces las madres se ausentan.

O se mueren, las madres.

A veces también pasa eso: que las madres se mueren.

Y por eso tenéis que ser fuertes como titanes, como leones.

¡Fuertes, imperturbables y felices!

¡ATARÁXIA, ATARÁXIA!

¿De verdad es necesario que vuelva a empezar?

Mañana, que ahora estoy muy cansada...

Lo único que puedes intentar (y digo “intentar”)
es sentir.

Sentir de sensación, que no de sentimiento.

Sentir y hacerte sentir.

Meterte hasta el cuello en tu piel, en tu propia piel.

Hundirte en la piel de otro sin hacer pie. Con coraje.

Sentir que estás abandonado como un perro siente que está abandonado.

Sentir que tienes hambre como un niño siente que tiene hambre.

Sin entender nada.

Llorar como llora ese mismo niño: para informar.

Sin comprender otra vez.

Distinguir el placer y el dolor con la piel y con los nervios.

Ser como una culebra, un ficus, un mejillón

para dejar de una vez por todas de comprender.

De querer comprender.

Habitar por un día por una sola vez
la paz obtusa y sensible de las amebas.
Descansar, vamos.

Las amebas son esos bichos unicelulares
que estudiábamos en ciencias naturales
cuando hacíamos 5º o 6º de E.G.B.

Unos animales que no eran nada y tampoco aspiraban a nada.

¡Claro! ¿Cómo vas a pretender ser algo o alguien si eres una sola célula, si, por no tener, no tienes ni sexo? Porque resulta que esos bichos o seres o lo que sea, se reproducen por fisión, es decir: se parten en dos. Para dejar de ser una sola célula y sentirse lo que se dice “realizadas”, es decir: para asegurar la continuidad genética, las amebas se parten por la mitad y punto.

O esa otra opción: la PARTENOGENESIS.

Generar un nuevo individuo a partir de un óvulo sin fecundar.

¿Qué pasa?

Es lo que hacen algunas serpientes.

Las hormigas (no todas)

Los peces, las abejas (a veces), el dragón de Komodo, las codornices.

Lo hacen sólo si saben que la estación será excepcional para las crías
o si, por alguna razón instintiva que nosotros nunca llegaremos a comprender,
perciben una devastación inminente para su especie.

Entonces: ¡PARTENOGENESIS!

La hembra, claro.

PARTENOGENESIS.

Dar la vida por decisión propia, a todo riesgo.

Bajo su única responsabilidad.

PARTIRSE.

Hacerse dos.

Autoclonarse.

Aunque la otra opción: PARIR, es brutal.

Parir es sexual, físico, placentero.

Parir es lo más.

Lo volvería a hacer un millón de veces.

Lo digo muy en serio.

Pariría una y otra vez hasta que mi cuerpo resistiera.

Hasta que mis huesos, mis órganos, mi cerebro, dijeran BASTA.

Parir es una experiencia 10 y solo suma.

Es mejor que pilotar un avión.

Que tirarse en paracaídas.

Que hacer rafting, kayak, SUP, ala delta, *footing*.

Es mejor que leer, bailar, follar.

Mejor que comer sushi, alcachofas, esferificaciones.

Parir es brutal.

Cualquier experiencia humana comparada con el parto es una gilipollez.

(bueno: menos morir, pirarse de este mundo)

Dar la teta durante los 3, 4, 5, 6 primeros meses,

hasta el primer año, los dos años,

como una loba, una cabra, una coneja,

Así laxa, apalancada en una butaca, en la cama, en el sofá, en el parque del barrio,
comiendo bombones, leche con galletas o estofados de carne,

es alucinante y sólo suma.

Pero criar con presencia, con gratitud, con alegría, serena y firme,

día tras día, año tras año, hasta que pasan tres, cuatro, cinco, trece, dieciséis años,
sin tribu,

sin leyes que nos protejan a las madres,
a los hijos, a las hijas;
a las personas que cuidan, cargan, acarician, cambian pañales, dan de comer,
miran a los ojos, dan la mano, escuchan y ponen a dormir,
es una EXTORSIÓN y sólo resta.
¡PORTAZO, NORA, PORTAZO OTRA VEZ!
¡PORTAZO, PORTAZO, PORTAZO!
Niki de Saint Phalle.
Nora Helmer.
Virginia Woolf.
Conillet.
El cuco.
(más)
Hace falta que organicemos una fiesta multitudinaria de despedida.
Con comida por doquier y una banda Indie en directo; con actuaciones,
cocktails y Gintonics.
Con DJ's y buen rollito.
Y bailar hasta que salga el sol.
Las fiestas se organizan para celebrar cosas importantes:
una defunción, un cumpleaños, una decisión determinante...
Y esta es una decisión determinante.
Probablemente sea la decisión más importante que he tomado en la vida.
«Sé que es necesario para mí. Y lo tengo que hacer sola. Tengo que averiguar quién tiene razón: la
sociedad o yo. Nunca me he sentido con la mente más lúcida ni más segura que esta noche (...）」
¡PORTAZO, PORTAZO, PORTAZO!
No puedo conmigo, ¡Cómo queréis que pueda con vosotros!

11.

¿Pero sabes lo que más miedo me da de todo esto?
¿Sabes por qué tengo que pedirte, por favor, que me protejas de mis deseos?
Porque son letales.
Porque suponen el fin del amor romántico y de toda esa mierda.
El fin de la reproducción sexuada, del matrimonio, la monogamia... ¡todo ese tinglado!
Y entonces llegaré a tal punto de aislamiento, de solipsismo, de narcisismo,
que ya no me interesará nada ni nadie.
Sólo yo misma.
Yo y mis necesidades.
Yo y mi placer.
Cosmética, balnearios, spas, viajes exóticos (y eróticos)
experiencias extremas, gastronomía étnicas, intercambios sexuales
¡Hedonismo, consumismo, egotrip!
Y me llamarán: ególatra, egoísta, putón, mala madre.
¡Mala madre!
Y entonces seré cada vez más incapaz de ponerme en el lugar del otro.
Seré un ejemplo típico de persona mezquina con cero habilidades empáticas.
Tengo miedo de que llegue un momento en el que ya no me interese el mundo.
Ni la gente.
Ni tan siquiera la gente que me importa y me importa mucho.
Llegar a tal punto de aislamiento, que ya no me interese nada ni nadie.
Ni tan siquiera mi madre.
“Mamá -le diría- ¿sabes qué pasa? Que has dejado de interesarme.

No sé si me lo estás notando estos días, pero, desde que llegué,
me inquieta esta sensación: has dejado de interesarme”
Me cago sólo de pensarlo.
Tengo miedo de no haber aprovechado
hasta el último segundo,
hasta la última gota,
los momentos en los que he estado con la gente que quiero.
Tengo miedo de no haberles escuchado lo suficiente,
de no haberles apoyado lo suficiente,
de no haber estado ahí cuando me necesitaban.
Tengo miedo de haberles dejado solos con su tristeza,
su necesidad de comprensión,
de consejos, de cervezas, de paseos, de silencio...
Tengo miedo de haber vivido sólo y exclusivamente para llamar la atención.
«Ella es emocionalmente inestable.
Ella siempre llora.
A ella siempre le afecta todo.
Es histriónica, gritona.
Una bomba emocional.
Lo pasa fatal, ella, pobre.
Es un poco exagerada, demasiado intensa.»
Cuando murió mi tío, por ejemplo, lloré de forma escandalosa.
Es decir: monté el *show*.
Yo: la pura imagen del desconsuelo.
Yo: una persona buena con sentimientos,
una persona sensible que estaba sufriendo,
una buena persona sensible llamando la atención.
Me cago de miedo.
Traedme médicos.
Ponedme freno al cerebro.
Estoy cansada.
Me hubiera gustado llegar hasta aquí
(hasta este punto exacto de la vida)
mucho más despacio. No sé si podré continuar.
No continuaré si no me traéis médicos.
Traedme médicos gratuitos.
Abogados de oficio.
Juristas.
Dadme tribu.
Dadme leyes.
Medios de producción.
Dentistas gratis.
Zapatillas deportivas.
Anoraks.
Pan.
Dadme equipos competentes.
Dadme más MADRES.
Dadme más manos.
Dadme una nueva sociedad donde dar la vida,
conservar la vida, estar al cuidado de la vida
(de la de los bebés, los niños, los jóvenes, los viejos)
con amor, con presencia, día a día, sea alguna cosa que fundamente las estructuras sociales,
que condicione los planes económicos,
las derivas políticas, las acciones reales.

Dadme familias móviles,
Dadme COMUNIDAD.
Dadme paz.
Dadme tregua.
Dadme tiempo.
Me meo cuando salto. Cuando toso, me meo.
Y mi cerebro aún va lento.
No me podéis exigir destreza, eficacia, jovialidad.
¿De qué vais?
Los niños que cuido crecen con voracidad
y comen como cachorros de perro (en todo momento hambrientos).
Hablan sin parar, si respetar turnos de palabra, sin saber si les escuchas; sin escuchar.
Y pesan como pesan las piedras cuando te las cargas en la espalda.
Cada vez más.
Y te lloran demasiado cerca del oído.
(encima del corazón, te lloran)
Y te pellizcan los brazos y las tetas.
Y te ensucian la ropa, los zapatos, el pelo.
¡Dadme las gracias, hijos de puta!
¡Protegedme y dadme las gracias!
¡Ponédmelo más fácil, dadme apoyo!
Estructuras legales en las que ampararme.
¡Más guarderías, *Catovit* gratis!
¡Hacedme estatuas, bustos, colocadlos en las plazas!
¡Ponedle mi nombre a una calle o a un parque!
¡Yo sola no puedo!
Dadme herramientas y no descansaré.
Os lo prometo (palabra de *scout*).
Pero no me dejéis descansar....
Necesito pilas.
Es muy peligroso que yo me detenga...
No me dejéis parar porque todo se va al garete.
Me da miedo quedarme quieta y después no saberme levantar.
Tratar de caminar y que no me respondan las piernas.
¿Y si no me responden las piernas?
¡PONEDME LAS PILAS!
¡SE ME ESTÁN ACABANDO LAS PILAS!
¡Que suene la música!
¡Que se me perforen los tímpanos con la jodida música!
¡Que me explote el cerebro!
¡Que no me deje pensar, la jodida música!
Una vez y otra vez.
Siempre lo mismo.
TA TA TA TA TA TA TA TA TA
¡SOY EL CONEJITO DE DURACELL,
EL JODIDO CONEJITO DE DURACELL!
¡Ponedme las pilas. Quiero pilas!
TA TA TA TA TA TA TA TA TA.

Y si no tenéis todo esto que os he pedido,
TODO, dejadme descansar, por favor.
Dejadme desaparecer y descansar
(Huelga de trabajadores de tierra en el Aeropuerto de El Prat...)
Dadme morfina y dejadme allí.

En esa montaña
Apoyada en ese árbol.
No, contra un árbol, no.
Mejor dejadme contra una roca.
De cara a la piedra.
Que no vea nada, que no vea el sol,
ni las flores, ni la nieve, ni el árbol.
Me duele mirar alrededor y reconocer tanta belleza en un solo árbol.
¿Cómo es posible que sea tan bello un solo árbol?
¿Cómo puede existir tan cerca de mi tanta belleza?
Sí, quiero que me dejéis descansar.
Contra la roca.
No quiero tener que dar más explicaciones.
No me obliguéis a dar más explicaciones.
Quiero un silencio perfecto, por eso hablo.

12.

Estoy aquí.
Sentada.
Paciencia infinita.
Toda tetas.
Toda oídos.
Expuesta.
AMÁNDOTE-AMAMANTÁNDOTE
Aquí, para ti, como una ofrenda.
Este es mi pequeño secreto:
existir para ti como una ofrenda.

a la Sofia i la Muriel, per quan us feu grans.